

1

En el año de gracia de 1192, poco antes de san Eskil, cuando las noches ya clareaban y se iba a comenzar la siembra del nabo, llegó una extraña tormenta a Götaland Occidental. La tormenta duró tres días y tres noches, y transformó aquella clara y prometedorá época del año en otoño.

A pesar de eso, la tercera noche, y después de la misa de medianoche, la mayoría de los hermanos del monasterio de Varnhem dormían plácidamente, convencidos de que sus oraciones los protegerían de los poderes de la oscuridad y de que pronto amainaría la tormenta. Fue entonces cuando el hermano Pietro, que estaba fuera, en el *receptorium*, pensó primero que solo habían sido imaginaciones suyas lo que le había sacado del sueño. Se había despertado y se había sentado en la cama sin comprender lo que había oído. Tras los muros y el robusto portón de roble del *receptorium* solo se oían los aullidos de la tormenta y la lluvia, que azotaban las tejas y las copas de los altos fresnos.

Pero entonces lo volvió a oír. Era como si un puño de hierro golpease el portón.

Muerto de miedo, se levantó tambaleándose de la cama, cogió su rosario, empezó a musitar una oración que no recordaba demasiado bien pero que protegía contra poderes malignos y salió al pórtico escuchando en la oscuridad. De nuevo se volvieron a oír tres golpes, y el hermano Pietro no tuvo más remedio que intentar hablar a través del portón y pedirle al desconocido que se identificara. Se dirigió a él en latín, ya que era el idioma que más poder tenía contra las fuerzas oscuras y porque estaba demasiado dormido como para lograr articular algo en el peculiar y cantarín idioma popular que se hablaba extramuros.

—¿Quién es el que viene por los caminos del Señor en esta noche?! —gritó con la boca pegada a la cerradura de la puerta.

—Un servidor del Señor de sinceras intenciones y buen comedido —respondió el desconocido en un latín impecable.

Eso tranquilizó al hermano Pietro, que tuvo que luchar un poco con el pesado cerrojo de hierro forjado hasta lograr entreabrir la puerta.

Fuera había un forastero con una capa de piel que le llegaba hasta los tobillos y una capucha que le protegía contra la lluvia. El extranjero abrió de golpe la puerta con una fuerza que jamás podría haber contrarrestado el hermano Pietro y entró en el pórtico, llevándose prácticamente por delante al monje.

—Gracias a Dios, acaba de terminar un largo viaje. Pero no hablemos aquí en la oscuridad: corre a buscar la lámpara que tienes en el *receptorium*, mi desconocido hermano —dijo el forastero.

El hermano Pietro hizo lo que le fue ordenado, tranquilizado por el hecho de que el desconocido hablase el idioma eclesiástico y además supiese que había una lámpara en el *receptorium*. Dentro tuvo que trabajar a tientas un rato con los últimos restos del brasero hasta lograr prender fuego a una mecha que introdujo en la lámpara, de aceite. Al salir de nuevo al pórtico del *receptorium*, la luz rebotó contra las paredes encaladas, y se expandió tanto sobre él como sobre el desconocido. El forastero se despojó de la capa de piel que le había protegido contra la lluvia y la sacudió. El hermano Pietro se sobresaltó de forma inconsciente al ver la camisola blanca y la cruz bermeja. Por el tiempo pasado en Roma, sabía muy bien lo que estaba viendo. Un templario había llegado a Varnhem.

—Mi nombre es Arn de Gothia y no tienes nada que temer, hermano, pues yo crecí aquí, en Varnhem, y de aquí una vez salí hacia Tierra Santa. Pero a ti no te conozco; ¿cuál es tu nombre, hermano?

—Soy el hermano Pietro de Siena y solo llevo dos años aquí.

—Así que eres nuevo. Por eso te toca encargarte de la puerta cuando nadie más quiere hacerlo. Pero, dime, ¿vive todavía el padre Henri?

—No, murió hace cuatro años.

—Recemos por su salvación —dijo entonces el templario, que se santiguó y agachó la cabeza durante un rato—. ¿Vive el hermano Guilbert? —preguntó al volver a levantar la mirada.

—Sí, hermano, es un hombre mayor, pero todavía le queda mucho vigor.

—No me sorprende. ¿Cómo se llama nuestro nuevo abad?

—Es el padre Guillaume de Bourges; llegó a nosotros hace tres años.

—Faltan casi dos horas para maitines..., aun así... ¿querrías despertarle de todos modos y decirle que Arn de Gothia ha vuelto a Gudhem? —preguntó el templario con algo que casi parecía un destello de burla en sus ojos.

—No desearía hacerlo, hermano. El padre Guillaume suele repetir que el sueño es un regalo de Dios y que estamos obligados a administrarlo bien —respondió el hermano Pietro, preocupado, retorciéndose de inquietud ante la idea de despertar al padre Guillaume por un asunto que tal vez no era lo bastante importante.

—Comprendo; pues ve entonces y despierta al hermano Guilbert y dile que su aprendiz Arn de Gothia le espera en el *receptorium* —dijo el templario con amabilidad, pero, aun así, como si fuera una orden.

—Despertar al hermano Guilbert también puede ser desagradable... Además, no puedo abandonar mi puesto en el *receptorium* en medio de esta noche tan horrible —intentó escabullirse el hermano Pietro.

—¡Claro que no! —dijo el templario soltando una risita—. En primer lugar, creo que puedes confiarle la guardia a un templario del Señor: no creo que encuentres mejor sustituto. Y en segundo lugar, te juro que despertarás al viejo oso Guilbert con una buena noticia. ¡Anda, ve!, que yo me quedo aquí haciéndome cargo de tu guardia lo mejor que pueda, te lo prometo.

El templario había pronunciado la orden de una forma que no aceptaba objeción. El hermano Pietro asintió en silencio y desapareció por la galería hacia el pequeño patio que era la última parada antes de pasar por otra puerta de roble a lo que era la clausura en sí.

No tardó mucho en abrirse la puerta entre la clausura y el patio del *receptorium* con un estruendo y una voz conocida que resonó contra las bóvedas blancas. El hermano Guilbert se acercó con pasos largos y una antorcha de brea por la galería. No parecía tan enorme como antes, ya no parecía un gigante. Al descubrir al extraño que había en el portal levantó la antorcha para poder ver mejor. Le pasó la antorcha de brea al hermano Pietro, dio un paso adelante y abrazó al desconocido sin que ninguno de los dos pronunciara una palabra durante un buen rato.

—Pensé que habías caído en Tiberíades, mi querido Arn —dijo finalmente el hermano Guilbert en franco—. Lo mismo pensaba el padre Henri, y parece que rezamos muchas oraciones inútiles por tu alma.

—No fueron tan inútiles las plegarias si te puedo dar las gracias ya en esta vida, hermano —repuso Arn de Gothia.

Luego fue como si a ninguno de los dos se le ocurriese nada más que decir, y ambos tuvieron que reprimir ponerse demasiado sentimentales. El hermano Pietro comprendió que debieron de ser amigos muy cercanos.

—¿Has venido para rezar a la tumba de tu madre, la señora Sigrid? —preguntó entonces el hermano Guilbert en el tono con el que le hablaría a un viajero cualquiera.

—Sí, eso es algo que quiero hacer —respondió el templario con el mismo tono—. Pero también tengo otras cosas que hacer aquí, en casa, en Varnhem, y primero debo pedirte ayuda para resolver algunos detalles que hay que solucionar antes de ocuparme de las grandes cosas.

—Ya sabes que te ayudaría con lo que fuese. Dime solo qué puedo hacer y nos ponemos a ello.

—Tengo veinte hombres y diez carros ahí fuera, bajo la lluvia. Muchos de ellos son de esa clase de hombres que no pueden entrar sin más a la parte de intramuros. También traigo diez carros cargados, y los tres primeros estarían mejor aquí dentro —contestó el templario con rapidez, como si hablase de asuntos cotidianos, a pesar de que los carros de carga que había que proteger intramuros debían de tratarse de algo importante.

El enorme hermano Guilbert tomó sin contestar la antorcha de brea de la mano de su joven hermano y salió bajo la lluvia fuera del portal del *receptorium*. Efectivamente, fuera había una hilera de diez carros llenos de barro que debían de haber tenido un viaje complicado. A las riendas de los bueyes se sentaban hombres agachados y malhumorados que no parecían tener ánimo de seguir viajando.

El hermano Guilbert soltó una carcajada al verlos, sacudió la cabeza con una sonrisa, llamó a su joven hermano y empezó a impartir órdenes como si fuese un templario y no un monje cisterciense.

Tardaron menos de una hora en resolver lo de los visitantes. Una de las muchas normas de Varnhem era que cualquiera que se

presentase allí viajando de noche debía ser recibido con la misma hospitalidad que si se hubiese tratado del mismísimo Señor, una norma que el hermano Guilbert se iba repitiendo de vez en cuando a sí mismo, primero medio en broma, pero luego con más hilaridad cuando el templario le explicó que precisamente el jamón ahumado no sería un obsequio de bienvenida muy apropiado. Sin embargo, al hermano Pietro se le escapó por completo la gracia de lo inoportuno que habría sido el jamón ahumado.

No obstante, extramuros, todo el *hospitium* de Varnhem estaba desierto y oscuro, pues habían llegado pocos viajeros en esos últimos días de temporal, por lo que pronto los huéspedes estuvieron alojados y colmados de atenciones.

Luego, el hermano Guilbert y Arn de Gothia abrieron los grandes portones que llevaban al monasterio para meter en el patio, junto a los talleres, los tres carros que necesitaban la protección de los muros y así poder desenjaezar y cobijar a los bueyes durante la noche.

Al terminar esa tarea, la lluvia empezó a amainar, y se podían ver claros entre los negros nubarrones. El tiempo iba a cambiar. Faltaba todavía más o menos una hora para maitines.

El hermano Guilbert caminó delante de su invitado hasta la iglesia y abrió la puerta cerrada con llave, y acto seguido entraron sin mediar palabra.

Arn se detuvo en silencio junto a la pila bautismal que había justo al lado de la puerta. Se quitó la amplia capa de cuero y la dejó en el suelo, señaló con una mirada interrogante el agua de la pila, que no estaba ni siquiera cubierta, y recibió una respuesta afirmativa por parte de su hermano mayor. Desenfundó su espada, humedeció en el agua de la pila bautismal los dedos y deslizó tres de ellos por la hoja de la espada antes de volver a envainarla. Tomó de nuevo un poco de agua bendita y se rozó la frente, los dos hombros y el corazón. Luego caminaron juntos el uno al lado del otro por la nave central hasta el lugar que señaló el hermano Guilbert, en donde se arrodillaron y rezaron en silencio hasta oír cómo los hermanos acudían para el oficio. Ninguno de ellos dijo nada. Arn conocía las normas del monasterio relativas a las horas de silencio del día tan bien como cualquier otro hermano.

La tormenta había amainado al reunirse para la oración y ya se oía el canto de los pájaros con la primera luz del día.

El padre Guillaume de Bourges entró al frente de la fila de hermanos por una de las naves laterales. Los dos hombres se pusieron en pie y se inclinaron en silencio, y él les devolvió la reverencia. Pero de repente descubrió la espada del caballero y su mirada se llenó de espanto. El hermano Guilbert señaló la roja cruz templaria de Arn y luego la pila bautismal junto a la puerta, y el padre Guillaume asintió con la cabeza, con una sonrisa tranquila, en señal de comprensión.

Al empezar el oficio, el hermano Guilbert le explicó a su amigo viajero en el lenguaje secreto de signos del monasterio que el nuevo abad era estricto con la norma de silencio.

Durante la oración, en la que Arn de Gothia participó como todos los demás, fue mirando de reojo a todos los hermanos. La luz entraba cada vez con más fuerza en la nave y ya se podían ver las caras unos a otros. Una tercera parte de los hombres reconocieron al templario y pudieron responder con discreción a su gesto de saludo, pero la mayoría le resultaban completamente desconocidos a Arn.

Al terminar la plegaria, los hermanos iniciaron la procesión de salida hacia el claustro; se les acercó el padre Guillaume y le hizo señales al hermano Guilbert de que deseaba hablar con ambos en el *parlatorium* después del desayuno, a lo que respondieron con una reverencia en señal de asentimiento.

Arn y el hermano Guilbert salieron por el pórtico de la iglesia, todavía en silencio, cruzaron el patio y los talleres y se encaminaron hacia los cercados de los caballos. El sol de la mañana ya se había vuelto rojo y refulgente y en todas partes se oía el canto de los pájaros. Finalmente volvería a ser un hermoso día de verano.

Al llegar donde estaban los caballos se dirigieron de inmediato hacia los cercados de los sementales. El templario se agarró del tronco superior de la valla con las dos manos, la sorteó de un solo salto y luego le indicó con cortesía exagerada al hermano Guilbert que hiciera lo mismo. Sin embargo, este sonrió, sacudió la cabeza, se subió a la cerca y la cruzó poco a poco, como solía hacer la mayoría de la gente. En la otra punta del cercado había diez caballos aguardando como si todavía no hubiesen decidido qué pensar del hombre de blanco.

—Bueno, mi querido Arn —dijo el hermano Guilbert, rompiendo sin más la norma de silencio hasta después de la comida de la mañana—, ¿has aprendido al fin el idioma de los caballos?

Arn le echó una mirada larga y escrutadora antes de asentir despacio con una expresión cargada de intención. Con un silbido captó la atención de los caballos de allá abajo. Luego los llamó en tono bajo, precisamente en el idioma de los caballos:

—¡En el nombre del Misericordioso, el Compasivo, vosotros, los hijos del viento, venid con vuestros hermanos protectores!

Los caballos atendieron de inmediato y sus orejas se irguieron. Un robusto alazán echó a andar en su dirección y pronto lo siguieron los demás, y cuando el primer alazán levantó la cola y pasó al trote, todos aumentaron la velocidad y acabaron acercándose al galope, haciendo que la tierra temblase.

—Por el Profeta, la paz le acompañe, que de verdad has aprendido el idioma de los caballos allí en Outremer —susurró el hermano Guilbert en árabe.

—Completamente cierto —respondió Arn en el mismo idioma, y extendió su manto blanco para detener a los caballos, que acudían en estampida—, y tú parece recordar todavía el idioma que una vez creí que era en verdad el idioma de los caballos y no la lengua de los infieles.

Montaron un caballo cada uno, aunque el hermano Guilbert tuvo que llevar al suyo junto a la cerca para tener un punto de apoyo para subir. Luego dieron unas vueltas por el cercado montando a pelo y agarrándose solo ligeramente con la mano izquierda de las crines del caballo.

Arn preguntó si las cosas seguían igual de mal, si los godo-occidentales eran todavía de los pocos hombres en el mundo que todavía no habían comprendido el valor de esos caballos, y el hermano Guilbert se lo confirmó con un suspiro, indicándole que así era. Los caballos eran el mejor de los negocios en casi todo el mundo cisterciense. Pero aquí, en el Norte, no. Aquí no había llegado todavía el arte de la guerra a caballo, por lo que esos caballos no valían más, sino menos, que los caballos godo-occidentales.

Arn se asombró, y preguntó si sus parientes seguían pensando que no se podía utilizar la caballería en la guerra. El hermano Guilbert volvió a confirmar con otro suspiro que así era. Los nór-

dicos iban a caballo hasta sus guerras, bajaban del caballo, lo atacaban y luego se atacaban corriendo los unos tras los otros a golpes y hachazos en la pradera que fuera.

Llegados a este punto, el hermano Guilbert ya no pudo contener más todas las preguntas que había deseado hacer desde el primer momento en que vio al que había creído su hijo perdido, fuera, en el *receptorium*, chorreando por la lluvia y cubierto de barro tras su largo viaje. Y Arn empezó el largo relato de su historia.

El joven Arn Magnusson, cándido e inocente, que una vez abandonó Varnhem para servir en la Guerra Santa hasta la muerte o hasta el transcurso de veinte años, lo que solía dar igual, había dejado de existir. El que había regresado de la guerra no era un caballero ingenuo como Perceval.

Esto fue algo que el hermano Guilbert comprendió de inmediato al empezar en el claustro la conversación con el padre Guillaume. La mañana había resultado excelente y hermosa, apacible y sin una sola nube en el cielo, por lo que el padre Guillaume, en lugar de hacerlos llamar al *parlatorium*, había llevado a su insólito invitado y al hermano Guilbert al exterior, a los bancos de piedra del claustro. De modo que estaban sentados prácticamente con los pies sobre la tumba del padre Henri, pues él y su sello roto yacían justo allí, tal como había deseado en el lecho de muerte. Habían iniciado el encuentro rezando por la salvación del padre Henri.

El hermano Guilbert miró fijamente a Arn cuando este empezó a exponer su caso ante el padre Guillaume. Este escuchaba con atención y cortesía y, como siempre que hablaba con quienes sabían un poco menos que él, con condescendencia. El padre Guillaume era un hábil teólogo, eso era algo innegable, pero de poco le servía para vislumbrar las intenciones de un templario, pensó el hermano Guilbert, que pronto comprendió adónde quería ir a parar Arn.

La cara de Arn mostraba claras huellas de que él no había sido uno de esos hermanos que habían servido a la superioridad como escriba y contable. Debía de haber pasado la mayor parte de su tiempo en Tierra Santa sentado en la silla de montar, armado con la espada y lanza en ristre. Por primera vez, el hermano Guilbert reparó en la raya negra del borde inferior del manto de Arn, que

demostraba que tenía rango de comendador, y, por tanto, que había estado al mando tanto de la guerra como del comercio. Sería capaz de convencer al joven y menos experimentado padre Guillaume de cualquier cosa que desease antes de que este tan siquiera se diese cuenta de lo que estaba pasando.

Como primera respuesta a la pregunta de qué había ido a buscar a Varnhem, había respondido que había ido a donar nada menos que diez marcos de oro. Varnhem había sido el lugar donde los hermanos, con la ayuda de Dios, le habían criado, y diez marcos de oro era una cantidad nada despreciable para mostrar su agradecimiento. Además, deseaba tener su futura tumba al lado de la tumba de su madre, en el interior de la iglesia, bajo la nave central.

Estas propuestas buenas y cristianas hicieron que el joven padre Guillaume alcanzase el preciso punto de docilidad que el hermano Guilbert imaginaba que Arn se había propuesto conseguir. Y fue todavía mejor cuando Arn se disculpó y se dirigió a los carros de bueyes y regresó con un pesado y tintineante saco de cuero que dio en mano al padre Guillaume con el máximo respeto y una profunda reverencia.

Era evidente que al padre Guillaume le costaba abstenerse de abrir el saco de cuero y empezar a contar el oro.

Entonces Arn efectuó su siguiente jugada. Habló un rato acerca de los hermosos caballos de Varnhem, de lo lamentable que era que sus parientes de esa región norteña no comprendiesen el valor que tenían esos animales y acerca del gran y admirable trabajo que su viejo amigo el hermano Guilbert había dedicado durante muchos años al cuidado y a la cría mejorada sin recompensa alguna. Añadió que muchos de los perseverantes trabajadores en las viñas del Señor recibían tarde la recompensa por el trabajo realizado, mientras que otros, que por el contrario habían llegado después al trabajo, recibían su recompensa más a la ligera. Cuando el padre Guillaume hubo considerado con seriedad ese conocido ejemplo de cómo el concepto que los humanos tenían de la justicia muchas veces parecía diferir del concepto de Dios, Arn propuso comprar todos los caballos de Varnhem a un muy buen precio. De ese modo, añadió rápidamente antes de que el padre Guillaume tuviese tiempo de recuperarse de la sorpresa, Varnhem recibiría finalmente la recompensa por tan duro trabajo. Y además se desharían de una

labor que, de todos modos, no producía ingresos aquí arriba en el Norte; así matarían dos pájaros de un tiro.

Arn calló y esperó hasta el preciso momento en que el padre Guillaume pareció haberse recuperado y estaba a punto de deshacerse en agradecimientos.

Pero tal vez existiese una pequeña contrariedad en un negocio tan grande, se apresuró a añadir Arn. Pues para el cuidado de los caballos el comprador necesitaría de una mano experta, y esa mano experta estaba en Varnhem y era el hermano Guilbert. Por otro lado, ¿y si el trabajo más importante del hermano Guilbert desaparecía con los caballos...?

El padre Guillaume propuso entonces de inmediato que el hermano Guilbert acompañase la compra para, al menos por algún tiempo, más bien todo el tiempo necesario, asistir al comprador. Arn asintió, pensativo, con la cabeza, como si eso fuera una propuesta muy sabia, y el hermano Guilbert, que en esos momentos contemplaba su rostro con atención, no pudo ver un solo inicio que revelase que esa había sido en realidad la intención de Arn. Parecía como si, tras haberlo considerado con detenimiento, se limitase a aceptar la sabia proposición que había hecho el padre Guillaume. Luego propuso que se hiciesen redactar los documentos de la donación y que se sellasen ese mismo día, aprovechando que ambas partes se hallaban reunidas.

Cuando el padre Guillaume se apresuró a aceptar también eso, Arn separó las manos en gesto de agradecimiento y alivio y pidió a los otros dos que le proporcionaran un poco de información del tipo que solo podía encontrarse entre los hombres de la Iglesia, acerca de cuál era realmente la situación de su país. Porque, como se apresuró a explicar, la información de quién era rey, canciller y reina ya la había obtenido abajo, en el mercado de Lödöse. También sabía que reinaba la paz desde hacía mucho tiempo. Pero la respuesta a la cuestión de si esta paz entre las tierras de Göta y los svear iba a perdurar en el futuro solo se podía encontrar entre los hombres de la Iglesia, pues solo allí se encontraban las verdades profundas.

El padre Guillaume parecía contento ante la idea de que las verdades profundas solo se hallasen entre los hombres de la Iglesia, y asintió con la cabeza, mostrando así su acuerdo y aproba-

ción, aunque parecía un poco inseguro acerca de cuáles eran los conocimientos que Arn quería obtener. Arn le ayudó con una pregunta breve aunque muy directa que expuso en voz baja y sin inmutarse:

—Si de cualquier modo va a haber guerra en nuestra tierra, ¿por qué y cuándo se producirá?

Los dos hermanos del convento fruncieron el ceño mientras reflexionaban durante un rato, y luego el hermano Guilbert, con el permiso del padre Guillaume, respondió que mientras el poder estuviese en manos del rey Knut Eriksson y de su canciller, Birger Brosa, no existía peligro de guerra. Por tanto, la cuestión era lo que sucedería después del rey Knut.

—Y entonces el riesgo de nuevas guerras será grande —dijo el padre Guillaume con un suspiro.

Explicó que en el concilio de la Iglesia del año anterior en Linköping, el nuevo arzobispo Petrus había dejado claro a los eclesiásticos cuál era su posición. Era adepto a los Sverker y había recibido su estola arzobispal del arzobispo danés de Lund, Eskil. Este mismo Eskil intrigaba contra el linaje de Erik y quería restaurar a los Sverker en la corona de los godos y los svear. También tenía un medio para lograr ese objetivo que seguramente el rey Knut Eriksson conocía tan poco como el hecho de que su nuevo arzobispo fuese hombre de los daneses y de los Sverker. El obispo Eskil de Lund tenía una carta que la difunta abadesa Rikissa había hecho escribir en su lecho de muerte donde describía cómo la reina del rey Knut, Cecilia Blanka, durante su tiempo como doncella entre las familiares en el convento de Gudhem, había pronunciado los votos de castidad y de ser para siempre servidora de Dios. Dado que el rey Knut había ido luego a buscar a Cecilia Blanka a Gudhem y la había convertido en su reina, y que esta luego le había dado cuatro hijos y dos hijas...

Pues se podía denunciar que los hijos del rey eran ilegítimos, sin derecho alguno a la corona, concluyó Arn con rapidez. ¿Había manifestado su opinión el Santo Padre de Roma acerca de este asunto?

No, puesto que se acababa de nombrar a un papa nuevo, que había tomado como nombre Celestino III. Todavía no se sabía nada acerca de cuál sería la opinión de la Santa Sede en lo tocante a hijos legítimos o ilegítimos del rey godo. Seguro que alguien

que acababa de ser elevado al pontificado tenía cuestiones más importantes de las que preocuparse.

—Y si ninguno de los hijos del rey Knut pudiera sucederle en la corona —dijo Arn, más a modo de constatación que de pregunta—, ¿el arzobispo Petrus y tal vez otros obispos propondrían de forma no del todo inesperada a un Sverker como nuevo rey?

Los dos hermanos del convento asintieron, sombríos, a modo de confirmación. Arn permaneció pensativo durante un rato antes de ponerse en pie con cara de haber alejado esos pequeños problemas de su mente, dio las gracias por la importante información y propuso que fueran enseguida al *scriptorium* para pesar cuidadosamente el oro y hacer que se redactasen y se sellasen los documentos de donación.

El padre Guillaume, que por un momento había pensado que la conversación tomaba un cariz poco interesante, aceptó la propuesta de inmediato.

A la mañana siguiente, cuando la curiosa caravana de carros tirados por bueyes y rodeados por caballos sarracenos ágiles y rápidos abandonó el monasterio de Varnhem, el hermano Guilbert era uno más entre los bienes recién adquiridos. Con esa ironía veía él mismo el repentino giro que había dado su vida. Arn lo había comprado con la misma facilidad con la que se había comprado una tumba, todos los caballos y casi todos los arneses y correajes que se habían fabricado en Varnhem. Ni siquiera protestando, el padre Guilbert habría logrado que la cosa fuese de otra manera, pues el padre Guillaume parecía como cegado por el oro con que Arn le había pagado. En lugar de esperar el fin de sus días de modo apacible en Varnhem, ahora se hallaba cabalgando junto a gentes desconocidas hacia objetivos desconocidos, y opinaba que era algo muy positivo. No sabía nada acerca de las intenciones de Arn, pero en cualquier caso no creía que hubiese comprado todos esos caballos solamente para alegrar la vista. Los jinetes sarracenos que rodeaban la caravana —el hermano Guilbert no dudaba ni por un instante de que fuesen sarracenos— parecían contentos de poder continuar su largo viaje a caballo; algo fácil de comprender, en especial cuando se trataba de unos caballos tan exuberantes. Al her-

mano Guilbert se le ocurrió que el venerado san Bernardo debía de estar bromeando con ese monje que una vez había gritado con impotencia, desesperado ante la negativa de todo el mundo a comprar los caballos de Varnhem, que ojalá pasaran por allí unos compradores sarracenos. Ahora estos sarracenos inesperados le rodeaban por todas partes, bromeando y hablando a voces. A las riendas de los bueyes iban hombres que hablaban otras lenguas. El hermano Guilbert todavía no acababa de comprenderlos, ni tampoco sabía quiénes eran ni de dónde procedían.

Sin embargo, había un gran problema, pues lo que Arn había hecho era una forma de fraude que el joven e inexperto padre Guillaume no había sido capaz de detectar, cegado como estaba por todo ese oro. Un templario no podía poseer más que un monje de Varnhem. El templario que fuese descubierto con una sola moneda de oro se vería obligado a renunciar de inmediato al manto blanco y a abandonar con deshonor la Orden del Temple.

El hermano Guilbert decidió que más valía enfrentarse a lo desagradable lo antes posible, del mismo modo que todo templario había aprendido a pensar; animó a su roano, se situó al lado de Arn, que iba a la cabeza de la caravana, y le hizo la pregunta sin rodeos.

Pero Arn no pareció tomarse la dura pregunta a mal. Se limitó a sonreír, dio media vuelta a su delicioso caballo, que era de Outremer pero de un tipo que el padre Guilbert no conocía, y fue al galope hasta el último carro de la caravana, al que se subió de un salto y en el que empezó a buscar algo entre el equipaje.

Pronto estaba de regreso con un rollo de cuero impermeable que entregó al hermano Guilbert sin mediar palabra, y este lo abrió con tanta curiosidad como preocupación. Era un escrito en tres idiomas firmado por el Gran Maestre de los templarios, Gérard de Ridefort. Decía que Arn de Gothia, tras veinte años de servicio como hermano «temporal», había abandonado ahora su cargo en la Orden de los caballeros del Temple, liberado de ello por el mismísimo Gran Maestre, pero que debido a todos los servicios prestados a la Orden y según su propia voluntad, tendría derecho a llevar el manto blanco con el mismo grado que tenía al dejar la Orden en cualquier ocasión que lo deseara.

—Como ves, mi querido hermano Guilbert —dijo Arn, cogiendo el documento, enrollándolo e introduciéndolo con cui-

dado de nuevo en la funda de cuero—, soy templario y sin embargo no lo soy. Y, sinceramente, no veo nada demasiado grave en que quien tanto tiempo ha servido a la cruz bermeja pueda, de vez en cuando, buscar protección tras ella.

El hermano Guilbert no tenía demasiado claro lo que Arn pretendía decir con eso, pero tras cabalgar un rato, el templario empezó a relatar su viaje de regreso y las palabras «protección tras la cruz bermeja» adquirieron un mayor sentido.

Los hombres que viajaban con ellos en la caravana habían sido comprados, capturados o arrendados al servicio de Arn a lo largo de los caminos de Outremer, por lo que todos se habían convertido en enemigos de todos y donde aquel sarraceno que hubiese servido a los cristianos vivía tan peligrosamente como el cristiano que hubiese servido a sarracenos. No había sido demasiado difícil reunir una tripulación y un grupo de hombres que podrían hacer un buen servicio en caso de completar el largo camino hasta Gö-taland Occidental.

Más difícil había sido hallar una nave apropiada, por mucho que el noruego Harald Øysteinsson fuese un capitán capaz de casi cualquier cosa. De modo que, al encontrar varias naves templarias en el puerto de San Juan de Acre sin tripulación ni carga tras todas las derrotas de los cristianos, la idea pronto estuvo clara. Porque si uno llevaba una carga valiosa pero pocos hombres capaces de luchar, el viaje por el Mediterráneo sería una pesadilla. Pero resultaba diferente si uno llevaba velamen y colores templarios. Por tanto, él no había sido el único a bordo que vestía el manto blanco templario. En cuanto se acercaba una nave extraña para inspeccionar el posible botín, todos a bordo se ponían el manto blanco. Solo una vez se encontraron con unos piratas lo bastante insensatos como para atacar; sucedió en el estrecho saliendo del Mediterráneo hacia el Gran Mar. Habían logrado salvar el pellejo gracias a la protección de Dios y a la gran habilidad del timonel, Harald Øysteinsson.

Hacia arriba a lo largo de las costas de Portugal y de Francia, la cruz templaria era tan conocida que ningún peligro acechaba hasta haber pasado Inglaterra y haberse acercado a los países nórdicos. En Lödöse habían sido pocos los hombres que sabían qué tipo de nave extraña era la que subía por el canal de Göta.

Cuando Arn terminó de relatar el largo viaje por mar, posiblemente porque el hermano Guilbert al final mostraba alguna que otra señal de impaciencia, siguieron cabalgando en silencio como si Arn esperase la siguiente pregunta.

El hermano Guilbert observaba la cara de su amigo de vez en cuando, cuando pensaba que este no se daba cuenta. Pero no halló nada en el exterior de Arn que le sorprendiese. Si se le hubiese pedido que adivinase el aspecto que tendría Arn si, a pesar de lo que dictaba la razón, sobrevivía después de veinte años como templario en Outremer, habría dicho que sería así. Barba rubia que todavía no había empezado a encanecer pero que, sin embargo, había perdido el lustre. Por supuesto, todos los templarios llevaban barba. Pelo corto, también eso era lo normal. Tenía cicatrices lívidas en las manos y en la cara, por todas partes, señales de flechazos y espadaos y tal vez un golpe de hacha en una de las cejas, que hacía que la mirada de ese ojo fuese un tanto rígida. Más o menos eso era lo que habría pronosticado. La guerra en Outremer no era un paseo campestre.

Pero había una preocupación interior en Arn que no se dejaba captar con la misma facilidad por una mirada. El día anterior ya había explicado que daba por terminado su servicio en la Guerra Santa y las razones que había aducido tenían mucho sentido. Pero ahora, cabalgando en su penúltimo día de marcha antes de llegar a casa y además haciéndolo con una gran riqueza, un retorno desde luego poco habitual para un templario, debería haber estado más feliz, animado y lleno de planes ansiosos. En su lugar había en él una gran inseguridad, casi un temor, si es que esa era la palabra apropiada cuando uno se refería a un templario. Todavía quedaba mucho por comprender y preguntar.

—¿De dónde has sacado esta enorme cantidad de oro? —preguntó el hermano Guilbert, taciturno, justo al pasar de largo Skara sin haberse adentrado en la ciudad y cuando sentía que debía retomar la conversación.

—Si te respondiese a esa pregunta en este preciso momento, tal vez no me creerías, querido Guilbert —contestó Arn, mirando al suelo—. Más aún, quizá pensarías que he cometido traición, y si albergases una idea así, aunque solo fuese por un tiempo, nos produciría a ambos un gran pesar. Cree en mi palabra. Esta ri-

queza no la he conseguido de forma indebida. Y te lo explicaré todo cuando tengamos suficiente tiempo, porque no es una historia fácil de comprender.

—Claro que te creo, pero no me pidas nunca más que lo haga —repuso el hermano Guilbert, molesto—. Tú y yo nunca nos mentimos intramuros, y extramuros doy por supuesto que seguimos hablando como los templarios que ambos fuimos una vez.

—Así es exactamente como yo también lo deseo, nunca más repetiré la exigencia de que me creas —dijo Arn casi en un susurro, todavía con la mirada clavada en el suelo.

—Bueno, entonces te preguntaré algo más sencillo —dijo el hermano Guilbert con un tono de voz más alto y animado—. Cabalgamos ahora hacia Arnäs, la finca de tus padres, ¿no es así? Bien, y llegas con un equipaje que no está nada mal, entre otras cosas con caballos de Outremer y un monje que acabas de adquirir en Varnhem, ¡y no me contradigas! Yo también soy parte de tu compra. Reconozco que no estoy acostumbrado a eso, pero así es. Y has comprado a otros hombres, tal vez en negociaciones más difíciles que las que tuviste con el padre Guillaume, que van a ser utilizados con algún fin, al igual que yo. ¿Quieres decirme algo acerca de todo esto? Y otra cosa: ¿quiénes son todos los otros hombres que van en esta caravana?

—Dos hombres, los dos que montan una yegua cada uno, detrás de ti, a tu izquierda, son médicos de Damasco —respondió Arn sin titubear—. Los dos que van sentados sobre los carros de bueyes del final de todo son desertores del ejército del rey Ricardo Corazón de León, un arquero y un ballestero. El noruego, Harald Øysteinsson, que cabalga con el manto de un sargento templario, ha servido a mis órdenes precisamente como sargento, eso ya lo he explicado. Los dos que van en los carros de bueyes justo detrás de nosotros son comerciantes de armas y artesanos de Damasco, y el resto son casi todos trabajadores de la construcción y soldados ingenieros de ambos bandos de la guerra. Todos, excepto Harald, están a mi servicio, porque en sus momentos de mayor debilidad les hice propuestas que difícilmente podían rechazar. ¿Responde eso a la pregunta que en realidad deseabas hacerme?

—Sí, me queda bastante claro —contestó el hermano Guilbert, pensativo—. Pretendes construir algo grande. ¿Quieres decirme lo que quieres que todos nosotros construyamos?

—Paz —respondió Arn con resolución.

El hermano Guilbert se llevó tal sorpresa con la respuesta que no se le ocurrió nada más que preguntar durante un rato.

Cuando, el segundo día, la caravana se acercaba a la iglesia de Forshem, el verano había regresado con todas sus fuerzas. Era difícil imaginar que toda la zona hubiese sido maltratada por la tormenta y la tempestad hacía tan solo unos pocos días. Ya se habían retirado troncos y otros tipos de escombros que habían caído sobre los caminos y las fincas. Fuera, en los campos, ya estaba en marcha la siembra de hortalizas.

Puesto que desde hacía tiempo reinaba la paz en el país, no había séquitos armados cabalgando por los caminos de un lado a otro, ni nadie molestaba a los viajeros a pesar de que se debía de notar desde lejos que la mayoría de ellos eran extranjeros. Quienes trabajaban en los campos se enderezaban un rato y observaban con curiosidad los carros de bueyes y los jinetes de los caballos vivaces, pero luego regresaban a su trabajo.

Al avistar la iglesia de Forshem, Arn guio a toda su caravana colina arriba por la cuesta, hacia la iglesia, y dio orden de parada y descanso. Cuando todos hubieron desmontado se acercó a la gente del Profeta, que solían mantenerse separados, y les dijo que, aunque todavía faltaba bastante hasta la hora de oración de la tarde, aquí rezarían un rato las gentes del Libro. Luego invitó a los dos hermanos armenios, a Harald y al hermano Guilbert a entrar en la iglesia. Según se acercaban al portón, llegó el cura corriendo desde su finca, increpándolos para que no entraran en la casa de Dios en desorden. Se apresuró a colocarse frente a las puertas de la iglesia de madera, adornadas a la antigua, y les cortó el paso, extendiendo unos brazos temblorosos.

Arn dijo entonces con tranquilidad quién era: el hijo del señor Magnus de Arnäs, y que todos quienes le acompañaban eran buenos cristianos que tras un largo viaje deseaban presentar su agradecimiento ante el altar y con ello hacer también una ofrenda. El cura, que hasta el momento no parecía haberse percatado de que uno de los foráneos era un monje de hábito blanco y de que dos de ellos llevaban cruces grandes y rojas en los escudos, los dejó

entrar de inmediato. Abrió las puertas de la iglesia con torpeza y les pidió disculpas.

Pero Arn no había avanzado mucho por el crucero de la iglesia cuando el cura le alcanzó y tiró de su espada, diciendo algo en una extraña combinación de latín e idioma popular acerca de que una espada era una abominación en la casa de Dios. Entonces el hermano Guilbert le espantó como a una mosca y explicó que el señor Arn llevaba a su lado una espada consagrada, la espada de un templario, tal vez la única que jamás se halló en la iglesia de Forshem.

Al llegar al altar, los cristianos se arrodillaron, encendieron algunas velas con la única que ardía en el altar y rezaron sus oraciones. También dejaron algo de plata sobre el altar, lo que de inmediato tranquilizó al alterado sacerdote que tenían tras de sí.

Después de un rato, Arn pidió que le dejaran a solas con su Dios, y todos le obedecieron sin objeciones, salieron y cerraron las puertas de la iglesia.

Arn rezó largamente pidiendo apoyo y consejo. Lo había hecho otras veces, pero nunca antes había sentido nada en su interior ni había visto señal alguna de que Nuestra Señora le contestara.

A pesar de esa constante ausencia de respuestas, nunca le asaltó la duda. Los seres humanos llenaban la Tierra, tal como Dios había predicado. Dios y los santos debían de estar escuchando miles de suplicantes a cada momento, y si se tomasen la molestia de responder a cada uno de ellos, se armaría un buen jaleo. ¿Cuántas peticiones absurdas debía de estar haciendo constantemente la gente acerca de tener suerte en la caza o en los negocios, o de tener un hijo o permanecer en la vida terrenal? ¿Y cuántas miles de veces le había pedido Arn a Nuestra Señora protección para Cecilia y para el hijo de ambos? ¿Cuántas veces le había pedido suerte en la batalla? Nuestra Señora había escuchado esas oraciones antes de cada uno de los ataques de la Guerra Santa en los que todos los de manto blanco permanecían sobre sus caballos, rodilla con rodilla, para abalanzarse hacia la muerte o hacia la victoria. Casi todas las oraciones tenían una finalidad egoísta.

Pero esta vez Arn le pidió a Nuestra Señora que le guiase y le aconsejase acerca de lo que podía y debía hacer con todo ese poder que traía a casa consigo, que no le dejase caer y convertirse en un hombre avaricioso, que no le dejase que le tentara la certeza de ser

un guerrero que sabía más que sus parientes, que todo ese oro y conocimiento que tenía ahora en sus manos no fuesen en vano.

Y entonces, por primera vez, Nuestra Señora le contestó al suplicante Arn de modo que pudo oír su voz nítida en su interior y verla envuelta en la luz que ahora se vertía cegadora sobre él desde una de las altas ventanas de la pequeña iglesia. No era un milagro, pues muchas eran las personas que testimoniaban haber tenido respuestas a sus oraciones. Sin embargo, para Arn era la primera vez, y sabía ahora con toda seguridad lo que debía hacer, pues Nuestra Señora en persona se lo había dicho.

Se encontraban a una distancia de solo dos paradas desde la iglesia de Forshem hasta la fortaleza de Arnäs. Se detuvieron a mitad de camino para hacer un breve descanso, pues era la hora de oración de la gente del Profeta, y los cristianos se echaron a dormir.

Pero Arn caminó hacia un calvero en el bosque y dejó que la luz de Dios se filtrase a través de las delicadas hojas verde claro de las hayas, iluminando así su cara marcada. Y por primera vez en el largo viaje sintió paz en su interior, pues al final había comprendido cuál era la intención de Dios al conservarle la vida tanto tiempo.

Aquello era lo más importante, lo decisivo. En ese preciso instante no se dejaría molestar por cosas secundarias.

Desde hacía algún tiempo corría un extraño rumor por Götaland Occidental. Había sido avistada una extraña embarcación, primero en Lödöse, en el canal de Göta, y luego más al norte, en la cascada de los trols. Unos extranjeros habían intentado arrastrar la nave río arriba por las cascadas con la ayuda de muchos bueyes y porteadores alquilados. Pero al final se habían visto obligados a rendirse y regresar río abajo hasta el mercado de Lödöse.

Nadie logró comprender cuál podía ser la intención de subir un barco así por el Vänern. Algunos de los guardias noruegos que había en la fortaleza de Arnäs opinaban que seguramente el barco tendría algo que hacer en el lado noruego del Vänern, que no sería la primera vez que el rey Sverre de Noruega lograba hazañas de lo más curiosas apareciendo con un barco por donde nadie lo esperaba. Pero justo ahora no había demasiada guerra en Noruega, por mucho que tampoco hubiese paz.

Nadie podía decir tampoco con seguridad si se trataba de un barco de guerra, pues el rumor decía que las enormes velas torcidas de la nave lucían una cruz roja tan grande que se vería desde lejos. No había barcos en el Norte que llevaran una enseña así, eso era algo seguro.

Durante unos días se vigilaron con especial atención las tranquilas aguas veraniegas del Vänern desde la torre alta de Arnäs, hasta que llegaron los tres días de tormenta. Pero al no avistar ninguna embarcación y dado que eran tiempos de paz en Götaland Occidental, pronto todo regresó a la normalidad y a los trabajos habituales y retrasados de la siembra de hortalizas.

Sin embargo, un hombre no se cansó de permanecer allí arriba en la torre, martirizando sus ojos lacrimosos de anciano mirando sobre la superficie del agua resplandeciente por el sol. Era el señor de Arnäs —pues lo sería mientras viviese—, Magnus Folkesson. Tres inviernos atrás había sufrido un ataque de apoplejía y desde entonces no era capaz de hablar normalmente; además tenía todo el lado izquierdo paralizado, desde la cara hasta los dedos del pie. Le dejaban estar allí a solas en lo alto de la torre con un par de siervos domésticos, como si le avergonzase que le viese la gente. O tal vez se tratase de que a su hijo mayor, Eskil, le disgustaba ver cómo se burlaban de su padre a sus espaldas. Pero ahora el hombre permaneció allí arriba, todos los días, a la vista de todo el mundo en Arnäs. El viento arañaba su pelo blanco y enmarañado, pero su paciencia parecía inagotable. Entre los hombres se hacían bromas con respecto a lo que el viejo creía poder ver allá arriba.

Sin embargo, todos los bromistas se arrepentirían de haberse mofado. El señor Magnus había tenido una premonición, pues resultó ser que esperaba un milagro enviado por Nuestra Señora. Él fue quien primero pudo ver desde su buena perspectiva lo que estaba sucediendo.

Tres niños siervos llegaban corriendo por el camino todavía mojado y embarrado que iba desde Forshem hasta Arnäs. Vociferaban y agitaban los brazos, los tres con las mismas ansias por llegar primero, pues a veces pasaba que el pobre que llegaba con noticias importantes recibía una moneda de plata.

Al salir sobre el largo puente de madera que se balanceaba y que cruzaba las ciénagas, el que era un poco más alto y fuerte de

los tres le puso la zancadilla primero a uno y luego a otro, de modo que él mismo fue el primero en llegar con la cara roja y sin aliento, mientras que los otros dos renqueaban tras él a buena distancia.

Se los había visto ya antes de que salieran sobre el puente y se había mandado llamar a Svein, el capitán de la guardia, que recibió con autoridad al primero de los corredores en el portal de la fortaleza, agarró al joven siervo por el cuello justo cuando intentaba colarse por el portón, le obligó a arrodillarse en un charco de agua y le mantuvo sujeto con fuerza con su guante de hierro mientras exigía conocer las nuevas. No fue tan sencillo, en parte porque le hacía tanto daño al chico que este solo gemía, y en parte porque los otros dos, que ahora los habían alcanzado, se hincaron de rodillas de forma voluntaria y empezaron a hablar los dos a la vez, intentando explicar lo que habían visto.

El capitán Svein hizo que se callaran todos con una bofetada e interrogó a los chicos uno tras otro. Y así logró al final sacar algo de información coherente acerca de lo que habían visto. Por el camino desde Forshem se acercaba a Arnäs una caravana con muchos guerreros y pesados carros de bueyes. No eran de los Sverker ni tampoco de ningún linaje aliado con ellos, pero tampoco eran de los Folkung ni de los Erik. Procedían de tierras extrañas.

Se dio la alarma, los cuernos sonaron y los guardias corrieron hacia los establos, donde los mozos de cuadra habían empezado a ensillar a los caballos. Se mandó a gente a despertar al señor Eskil, que a esas horas del día siempre dormía su siesta, y mandaron a otros hacia el puente levadizo para levantarlo, de modo que los extraños no pudiesen entrar en Arnäs antes de haber averiguado si se trataba de amigos o enemigos.

Pronto estuvo el señor Eskil montado a caballo con diez guardias junto al puente levadizo alzado frente a Arnäs, observando con tensión el otro lado de la ciénaga por donde pronto aparecerían los forasteros. Era bien entrada la tarde, y, dado que el inicio del puente estaba al sur, el sol cegaba a los hombres de Arnäs. Cuando aparecieron los extranjeros al otro lado, tuvieron dificultades en verlos a contraluz. Alguien dijo ver monjes, otro dijo ver guerreros.

Los extranjeros parecieron algo perplejos al descubrir el puente levadizo alzado y los hombres armados al otro lado. Pero entonces un jinete de manto blanco y una camisola blanca con una cruz roja se adelantó en solitario y despacio por el puente hacia la parte levadiza.

El señor Eskil y sus hombres esperaron en tenso silencio mientras el guerrero barbudo se acercaba con la cabeza al descubierto. Alguien susurró algo acerca del aspecto lamentable que tenía el caballo del forastero. Dos de los guardias desmontaron para poder tensar los arcos.

Y entonces sucedió lo que algunos calificarían posteriormente de milagro. El viejo señor Magnus gritó algo desde lo alto de su torre y después hubo quienes juraron haber oído al señor Magnus decir con toda claridad «alabado sea el Señor», pues el hijo pródigo había regresado de Tierra Santa.

Eskil era de otra opinión. Porque, como más tarde explicó, lo había comprendido todo en el mismo instante en que oyó a uno de los hombres de su escolta hablar de un caballo lamentable, pues tenía buenos aunque vergonzosos recuerdos de su juventud acerca de qué tipo de caballos eran llamados lamentables y «de mujeres» y de quiénes eran los hombres que montaban sobre ese tipo de caballos.

En un tono en el que a algunos les habría parecido percibir temblor y debilidad, el señor Eskil ordenó que se bajara el puente levadizo ante el jinete extranjero. Tuvo que ordenarlo dos veces para que le obedeciesen.

Luego, el señor Eskil bajó de su caballo y cayó de rodillas en oración ante el puente, que bajaba chirriando, de modo que el sol pronto les golpeó a todos en los ojos. Parecía como si el caballo del jinete vestido de blanco pasase bailando sobre el puente levadizo mucho antes de que estuviese colocado por completo en sus puntos de apoyo. El jinete desmontó con un movimiento que nadie había visto jamás y pronto estuvo, de rodillas él también, delante del señor Eskil. Ambos se abrazaron, y se pudieron ver lágrimas en la cara del señor Eskil.

Luego ya discutirían si se trataba de un milagro simple o doble. En ese momento no se podía decir con seguridad si el viejo señor Magnus había recuperado la razón allá arriba en la torre,

pero lo que estaba claro era que Arn Magnusson, el guerrero del que solo los cuentos hablaban a esas alturas, había regresado tras pasar muchos años en Tierra Santa.

Aquel día se armó un gran revuelo en Arnäs. Cuando la ama Erika Joarsdotter salió con cerveza de bienvenida para saludar a los huéspedes y vio a Arn y a Eskil cruzar el patio con los brazos pasados por los hombros del otro, se le cayó todo lo que llevaba y se les acercó corriendo con los brazos abiertos. Arn soltó a su hermano Eskil y se arrodilló para rendirle homenaje a su madrastra, y casi cayó al suelo cuando ella se le echó al cuello y le besó de esa forma poco decorosa con que solo una madre puede besar. Todo el mundo podía ver que ese guerrero que regresaba a casa estaba poco acostumbrado a ese tipo de manifestaciones de cariño.

Los carros chirriantes fueron arrastrados hasta el patio del castillo, y de ellos descargaron pesados cofres y un montón de armas, y los llevaron a la cámara de la torre. Fuera de las murallas se levantó de prisa un campamento de tiendas con velas de barco y alfombras extranjeras, y muchas manos voluntariosas ayudaron a montar cerca y valla en torno a todos los caballos del señor Arn. Se llevaron animales jóvenes a sacrificar y los asadores encendieron sus fuegos. Y pronto se esparció por Arnäs un promisorio aroma que anticipaba la noche que les esperaba.

Cuando Arn hubo saludado a todos los guardias, algunos de los cuales se resistieron a arrodillarse ante él, preguntó de repente por su padre con el rostro tenso, como si esperase recibir una triste noticia. Eskil contestó, hosco, que su padre ya no estaba en su sano juicio, que se mantenía encerrado arriba en la torre, y acto seguido Arn se dirigió de inmediato hacia la torre con pasos largos, extendiéndosele el manto blanco con la cruz roja como una vela a su alrededor, de modo que todo el que se cruzaba por su camino se apartaba con premura.

Arriba, en el parapeto más alto, encontró a su padre, con un aspecto lamentable pero con cara de felicidad. Estaba de pie junto al muro con un siervo como apoyo en el lado paralizado y un bastón grueso en su mano sana. Arn inclinó la cabeza con diligencia y besó la mano sana de su padre antes de tomarle en sus brazos.

El padre era ligero como un niño, el brazo sano estaba igual de delgado que el enfermo y olía a rancio. Arn permaneció así, sin saber qué decir, hasta que su padre se inclinó con gran esfuerzo y, sacudiendo la cabeza, le susurró:

—Los ángeles del Señor... alegrar... y el ternero engordado... sacrificar.

Arn oyó las palabras con toda claridad, y sentido no les faltaba, pues era evidente que se referían al relato de las Sagradas Escrituras sobre el regreso del hijo pródigo. Por tanto, no era cierto que su padre hubiese perdido la razón. Arn le levantó aliviado en sus brazos y empezó a dar vueltas por el parapeto, intentando comprender cómo vivía allí arriba. Al ver el oscuro cuarto de la torre, fue peor de lo que esperaba. Frunció el ceño al percibir el penetrante olor a orín y comida putrefacta, dio media vuelta y se dirigió hacia la escalera mientras le hablaba a su padre como a cualquier hombre en sus cabales, de una manera como hacía años que nadie le hablaba, y dijo que el señor de Arnäs no seguiría viviendo en una pocilga más tiempo.

En la estrecha y sinuosa escalera se encontró con Eskil, que le había seguido despacio, pues la escalera no estaba hecha para hombres de su tamaño y su tripa. Eskil tuvo que dar media vuelta, refunfuñando, y empezó a bajar delante de Arn, que llevaba a su padre como un bulto sobre un hombro mientras iba diciendo con palabras severas todo lo que había que hacer.

Fuera, en el patio, Arn bajó a su padre y le cogió en brazos, pues sería irrespetuoso seguir cargando con él como si fuera el producto de una cosecha, y Eskil ordenó a los siervos domésticos que fueran a buscar mesa y mantas y un sitial con tallas de dragón y lo llevaran todo a una de las cocinas más pequeñas del muro sur, que solo se utilizaba en los grandes banquetes. Arn bramó que había que limpiar el cuarto de la torre de cabo a rabo, y muchos pares de ojos sorprendidos siguieron el camino de los tres amos cruzando el patio del castillo.

El sitial con adornos draconianos fue llevado de inmediato a la cocina, y Arn sentó sobre él a su progenitor con cariño, se hincó de rodillas, tomó la cara de su padre entre las manos, le miró a los ojos y le dijo que sabía que hablaba con un padre que lo comprendía todo igual de bien que antes. Eskil permaneció tras él en silencio.

Pero el viejo señor Magnus parecía tan impresionado y respiraba con tanta agitación que corría peligro de volver a sufrir un ataque. Arn retiró las manos de la cara de su padre, se levantó, salió a zancadas al patio pasando de largo por delante de su confundido hermano y ordenó algo en un idioma que nadie podía comprender.

Pronto aparecieron dos de los extranjeros que venían en el séquito del señor Arn. Ambos vestían mantos oscuros y llevaban la cabeza envuelta con una tela azul; uno era joven y el otro viejo, los dos con ojos negros como ojos de cuervo.

—Estos dos hombres —dijo Arn despacio dirigiéndose a su hermano, pero también a su padre— se llaman... Abraham y José. Los dos son amigos míos de Tierra Santa. Los dos son maestros en el arte de la medicina.

Explicó algo en un idioma incomprendible a los dos hombres con ojos de cuervo, que asintieron conforme comprendían, y con cuidado pero sin una reverencia exagerada empezaron a examinar al señor Magnus. Estudiaron el blanco de sus ojos, escucharon su respiración y su corazón, golpearon con una pequeña maza su rodilla derecha, de modo que el pie dio una patada al aire, y luego hicieron lo mismo repetidas veces con la pierna izquierda pero logrando solo una pequeña contracción que, a pesar de todo, parecía interesarles de forma especial. Después pasaron a levantar y dejar caer varias veces su débil brazo izquierdo mientras no dejaban de susurrar entre ellos.

Eskil, que permanecía detrás de Arn, se sentía confuso y dejado de lado al ver a dos extraños tratar al señor de Arnäs como si estuvieran examinando a un niño siervo cualquiera. Pero Arn le hizo una señal indicando que todo estaba en orden y luego mantuvo una breve charla en susurros y en el idioma extraño, tras lo cual los dos médicos salieron sigilosos con profundas reverencias hacia Eskil.

—Abraham y José tienen buenas noticias —dijo Arn cuando él y Eskil se quedaron a solas—. Ahora mismo nuestro padre está demasiado cansado, pero mañana empezará el trabajo de rehabilitación. Con la ayuda de Dios, nuestro padre volverá a caminar y a hablar.

Eskil no contestó. Era como si la gran alegría inicial de volver a ver a Arn ya hubiese sido turbada y como si se avergonzase un

poco de parecer alguien que no cuidaba de su padre. Arn le miró con detenimiento y pareció comprender esos sentimientos ocultos. De repente extendió los brazos y volvieron a abrazarse. Permanecieron así durante largo rato sin decir palabra.

Eskil, que parecía más incómodo por el silencio que Arn, murmuró al final que era un hermano pequeño bien delgado el que había acudido al banquete. Arn respondió, divertido, que le parecía poder ver que Eskil había sido muy capaz de mantener el hambre alejada de la puerta de Arnäs y que para nada era un mal seguidor de su antepasado, el canciller Folke el Gordo. Entonces Eskil se echó a reír y sacudió con fingida indignación a su hermano pequeño de un lado a otro, mientras Arn reía y se dejaba zarandear.

Cuando su alegría se calmó, Arn llevó a su hermano junto a su padre, que permanecía completamente quieto, con el brazo izquierdo colgando, sentado en su querido sitio de ornamentos draconianos. Arn se arrodilló y obligó a Eskil a bajar junto a él, de modo que sus cabezas quedaron muy juntas. Luego habló en tono normal y no como si le hablase a un hombre que había perdido el juicio:

—Sé que lo oís todo y lo comprendéis todo como antes, estimado padre. No tenéis que contestarme ahora, porque, si os esforzáis demasiado, será peor. A partir de mañana empezará la rehabilitación, y yo me sentaré con vos y os explicaré todo lo que sucedió en Tierra Santa. Pero ahora Eskil y yo nos vamos para que primero él pueda explicarme lo que ha sucedido aquí en casa, pues hay muchas cosas que ansío saber.

Luego los dos hermanos se levantaron y se inclinaron ante su padre, como solían hacer antes, y les pareció vislumbrar una leve sonrisa en su cara torcida, como las brasas de un fuego que estaba lejos de apagarse.

Al salir de la cocina, Eskil agarró a un siervo que pasaba por ahí y le ordenó que al señor Magnus se le llevara cama, agua y un orinal a la cocina y que se cubriese el suelo con ramas de abedul.

En el patio del castillo, la gente y los siervos corrían de un lado a otro con grandes prisas, ocupados en todo tipo de tareas con vistas a la imprevista fiesta de bienvenida que ahora había que preparar con urgencia mejor que cualquier banquete habitual de los que se celebraban en Arnäs. Pero quienes estaban cerca de los

dos hermanos Folkung, que ahora se dirigían cogidos del brazo hacia el portón, se apartaban casi como atemorizados. Se decía que Eskil era el hombre más rico de Götaland Occidental, y toda persona comprendía el respeto que había que tener ante el poder de la plata y el oro, aunque el propio Eskil resultaba para muchos más bien ridículo que temible. Pero a su lado caminaba ahora su hermano Arn, el guerrero desaparecido que los relatos habían hecho mucho más alto y ancho de lo que era en realidad. Aun así, todos comprendían por su modo de caminar, su cara marcada y su manera de llevar la espada y la cota de malla como si fuera su vestimenta habitual que estaba claro que el otro poder acababa de llegar a Arnäs, el poder de la espada, al que la mayoría de la gente razonable temía mucho más que al poder de la plata.

Eskil y Arn salieron por el portón y se encaminaron hacia el campamento que estaban preparando todos esos hombres extranjeros que habían llegado en compañía de Arn. Este explicó que solo tendrían que saludar a los hombres que eran libres y no a sus siervos. Primero invitó a Harald Øysteinsson a que se acercase y le explicó a Eskil que ellos dos habían sido compañeros de lucha durante casi quince años. Cuando Eskil oyó el nombre noruego, frunció el ceño como si estuviese buscando algo en su memoria. Luego preguntó si era posible que Harald tuviese un pariente en Noruega con el mismo nombre, y cuando Harald lo confirmó y dijo que ese hombre era su abuelo y que su padre se había llamado Øystein Moyla, Eskil asintió con la cabeza, pensativo. Se apresuró a invitar a Harald al banquete que se celebraría por la noche en la casa principal y también remarcó que no faltaría cerveza nórdica, algo que creía que también alegraría a un pariente lejano. A Harald se le iluminó el rostro, y se deshizo en agradecimientos tan cálidos, casi como bendiciones, que también él se apartó rápidamente del tema de sus parientes.

Luego saludaron al viejo monje, el hermano Guilbert, cuya corona de pelo era completamente blanca y cuya cabeza reluciente mostraba que ya no tenía que molestarse en afeitarse la tonsura. Arn explicó brevemente que el padre Guillaume de Varnhem había dado al hermano Guilbert un permiso mientras trabajase para Arnäs. Eskil se llevó una sorpresa al darle la mano al monje y sentir un puño tan áspero y tan fuerte como el de un herrero.